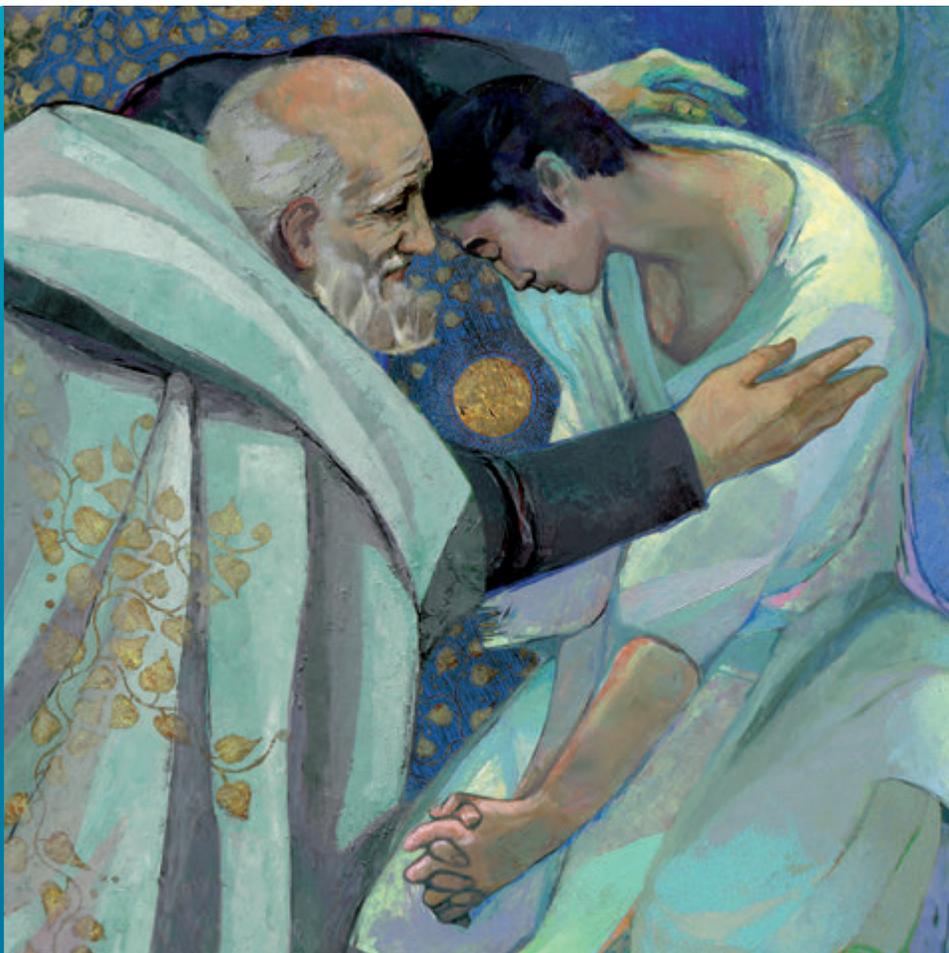

EL CAMINO
ABIERTO POR
JESÚS

JOSÉ ANTONIO PAGOLA



LUCAS | 3



ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
Evangelio de Lucas	9
1. Un anuncio gozoso (1,26-38)	19
2. La alegría de creer (1,39-45)	27
3. Nacimiento de Jesús (2,1-20)	34
4. Abrir caminos a Dios (3,1-6)	42
5. ¿Qué podemos hacer? (3,10-18)	50
6. Bautismo de Jesús (3,15-16.21-22)	58
7. Las tentaciones de Jesús (4,1-13)	65
8. El programa de Jesús (4,14-21)	73
9. Rechazado en su pueblo (4,21-30)	80
10. Una palabra diferente (5,1-11)	87
11. Felicidad no convencional (6,17.20-26)	95
12. Perdonar (6,27-38)	103
13. Frutos sanos (6,39-45)	110
14. Fe humilde (7,1-10)	117
15. No llores (7,11-17)	125
16. No excluir a nadie (7,36-8,3)	133
17. ¿Quién decís que soy yo? (9,18-24)	141
18. Escuchar a Jesús (9,28b-36)	148
19. Seguir a Jesús (9,51-62)	156
20. Enviados por Jesús (10,1-12.17-20)	164
21. Amor compasivo (10,25-37)	172
22. Una cosa es necesaria (10,38-42)	180
23. Pedir, buscar y llamar (11,1-13)	187
24. Necedad (12,13-21)	195
25. Vivir despiertos (12,32-48)	202
26. Fuego (12,49-53)	210

27. Higuera estéril (13,1-9)	217
28. Puerta estrecha (13,22-30)	224
29. Gratis (14,1,7-14)	232
30. Lucidez (14,25-33)	239
31. El padre bueno (15,11-32)	246
32. Dios o el Dinero (16,1-13)	254
33. Un mendigo llamado Lázaro (16,19-31)	262
34. Auméntanos la fe (17,5-10)	270
35. Dar gracias (17,11-19)	278
36. Sin desanimarnos (18,1-8)	284
37. Parábola desconcertante (18,9-14)	291
38. En casa de un rico (19,1-10)	299
39. Dios de vivos (20,27-38)	307
40. Para tiempos difíciles (21,5-19)	315
41. Vivir despiertos (21,25-28.34-36)	323
42. Crucificado (23,33-34.44-46)	330
43. Burlarnos o invocar (23,35-43)	337
44. Los discípulos de Emaús (24,13-35)	345
45. Testigos del Resucitado (24,35-48)	354
46. La bendición de Jesús (24,46-53)	362
Índice litúrgico	369
Índice temático	373

PRESENTACIÓN

Los cristianos de las primeras comunidades se sentían antes que nada seguidores de Jesús. Para ellos, creer en Jesucristo es entrar por su «camino» siguiendo sus pasos. Un antiguo escrito cristiano, conocido como carta a los Hebreos, dice que es un «camino nuevo y vivo». No es el camino transitado en el pasado por el pueblo de Israel, sino un camino «inaugurado por Jesús para nosotros» (Hebreos 10,20).

Este camino cristiano es un recorrido que se va haciendo paso a paso a lo largo de toda la vida. A veces parece sencillo y llano, otras duro y difícil. En el camino hay momentos de seguridad y gozo, también horas de cansancio y desaliento. Caminar tras las huellas de Jesús es dar pasos, tomar decisiones, superar obstáculos, abandonar sendas equivocadas, descubrir horizontes nuevos... Todo es parte del camino. Los primeros cristianos se esfuerzan por recorrerlo «con los ojos fijos en Jesús», pues saben que solo él es «el que inicia y consuma la fe» (Hebreos 12,2).

Por desgracia, tal como es vivido hoy por muchos, el cristianismo no suscita «seguidores» de Jesús, sino solo «adeptos a una religión». No genera discípulos que, identificados con su proyecto, se entregan a abrir caminos al reino de Dios, sino miembros de una institución que cumplen mejor o peor sus obligaciones religiosas. Muchos de ellos corren el riesgo de no conocer nunca la experiencia cristiana más originaria y apasionante: entrar por el camino abierto por Jesús.

La renovación de la Iglesia está exigiéndonos hoy pasar de unas comunidades formadas mayoritariamente por «adeptos» a unas comunidades de «discípulos» y «seguidores» de Jesús. Lo necesitamos para aprender a vivir más identificados con su proyecto, menos esclavos de un pasado no siempre fiel al Evangelio y más libres de miedos y servidumbres que nos pueden impedir escuchar su llamada a la conversión.

La Iglesia parece no poseer en estos momentos el vigor espiritual que necesita para enfrentarse a los retos del momento actual. Sin duda son muchos los factores, tanto dentro como fuera de ella, que pueden explicar esta mediocridad espiritual, pero probablemente la causa principal esté en la ausencia de adhesión vital a Jesucristo. Muchos cristianos no conocen la energía dinamizadora que se encierra en Jesús cuando es vivido y seguido por sus discípulos desde un contacto íntimo y vital. Muchas comunidades cristianas no sospechan la transformación que hoy mismo se produciría en ellas si la persona concreta de Jesús y su Evangelio ocuparan el centro de su vida.

Ha llegado el momento de reaccionar. Hemos de esforzarnos por poner el relato de Jesús en el corazón de los creyentes y en el centro de las comunidades cristianas. Necesitamos fijar nuestra mirada en su rostro, sintonizar con su vida concreta, acoger el Espíritu que lo anima, seguir su trayectoria de entrega al reino de Dios hasta la muerte y dejarnos transformar por su resurrección. Para todo ello, nada nos puede ayudar más que adentrarnos en el relato que nos ofrecen los evangelistas.

Los cuatro evangelios constituyen, para los seguidores de Jesús, una obra de importancia única e irrepetible. No son libros didácticos que exponen doctrina académica sobre Jesús. Tampoco biografías redactadas para informar con detalle sobre su trayectoria histórica. Estos relatos nos acercan a Jesús tal como era recordado con fe y con amor por las primeras generaciones cristianas. Por una parte, en ellos encontramos el impacto causado por Jesús en los primeros que se sintieron atraídos por él y le siguieron. Por otra, han sido escritos para engendrar el seguimiento de nuevos discípulos.

Por eso, los evangelios invitan a entrar en un proceso de cambio, de seguimiento de Jesús y de identificación con su proyecto. Son relatos de conversión, y en esa misma actitud han de ser leídos, predicados, meditados y guardados en el corazón de cada creyente y en el seno de cada comunidad cristiana. La experiencia de

escuchar juntos los evangelios se convierte entonces en la fuerza más poderosa que posee una comunidad para su transformación. En ese contacto vivo con el relato de Jesús, los creyentes recibimos luz y fuerza para reproducir hoy su estilo de vida y para abrir nuevos caminos al proyecto del reino de Dios.

Esta publicación se titula *El camino abierto por Jesús* y consta de cuatro volúmenes, dedicados sucesivamente al evangelio de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Está elaborado con la finalidad de ayudar a entrar por el camino abierto por Jesús, centrando nuestra fe en el seguimiento a su persona. En cada volumen se propone un acercamiento al relato de Jesús tal como es recogido y ofrecido por cada evangelista.

En el comentario al evangelio se sigue el recorrido diseñado por el evangelista, deteniéndonos en los pasajes que la Iglesia propone a las comunidades cristianas para ser proclamados al reunirse a celebrar la eucaristía dominical. En cada pasaje se ofrece el texto evangélico y cinco breves comentarios con sugerencias para ahondar en el relato de Jesús.

El lector podrá comprobar que los comentarios están redactados desde unas claves básicas: destacan la Buena Noticia de Dios, anunciada por Jesús, fuente inagotable de vida y de compasión hacia todos; sugieren caminos para seguirle a él, reproduciendo hoy su estilo de vida y sus actitudes; ofrecen sugerencias para impulsar la renovación de las comunidades cristianas acogiendo su Espíritu; recuerdan sus llamadas concretas a comprometernos en el proyecto del reino de Dios en medio de la sociedad actual; invitan a vivir estos tiempos de crisis e incertidumbres arraigados en la esperanza en Cristo resucitado¹.

¹ Puede verse mi obra *Jesús. Aproximación histórica*. Madrid, PPC, 2008, pp. 463-470.

Al escribir estas páginas he pensado sobre todo en las comunidades cristianas, tan necesitadas de aliento y de nuevo vigor espiritual; he tenido muy presentes a tantos creyentes sencillos en los que Jesús puede encender una fe nueva. Pero he querido ofrecer también el Evangelio de Jesús a quienes viven sin caminos hacia Dios, perdidos en el laberinto de una vida desquiciada o instalados en un nivel de existencia en el que es difícil abrirse al misterio último de la vida. Sé que Jesús puede ser para ellos la mejor noticia.

Este libro nace de mi voluntad de recuperar la Buena Noticia de Jesús para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No he recibido la vocación de evangelizador para condenar, sino para liberar. No me siento llamado por Jesús a juzgar al mundo, sino a despertar esperanza. No me envía a apagar la mecha que se extingue, sino a encender la fe que está queriendo brotar.

EVANGELIO DE LUCAS

El evangelio de Lucas es sin duda el más atractivo. El primero que hemos de leer para descubrir con gozo a Jesús, el Salvador enviado por Dios «para buscar y salvar lo que estaba perdido». Al mismo tiempo, el más accesible para captar el mensaje de Jesús como Buena Noticia de un Dios compasivo, defensor de los pobres, curador de los enfermos y amigo de pecadores.

No sabemos con certeza el nombre del autor. Se le atribuye tradicionalmente a un médico cristiano, compañero de Pablo, llamado Lucas. Ha sido escrito fuera de Palestina, probablemente en Roma, entre los años 80 y 90. El autor se dirige a lectores de cultura griega. Su escrito no parece destinado a una comunidad claramente identificable. El libro está dedicado a un cristiano llamado Teófilo, para que lo difunda entre cristianos provenientes del paganismo.

Lucas es el primer escritor cristiano que narra una especie de «historia de la salvación» siguiendo un cierto orden. Compone su obra en dos partes. La primera está constituida por el *Evangelio*, y está centrada en Jesús; después de la infancia de Jesús se narra su trayectoria desde Galilea a Jerusalén, donde culmina con su crucifixión, su resurrección y la escena de la ascensión. La segunda parte se llama *Hechos de los Apóstoles*, y está centrada en la primera Iglesia. En este escrito se observa una dirección inversa al evangelio; comienza en Jerusalén con la ascensión y se narran luego los primeros pasos de los discípulos de Jesús, que serán sus testigos «en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra».

- El evangelio de Lucas es el «evangelio de la alegría». A lo largo de sus páginas se nos invita a acoger a Jesús con gozo. No hemos de salir a su encuentro con miedo, preocupación o recelo, sino con

alegría y confianza. La primera que escucha esta invitación es María: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo» (1,28). Ya antes de nacer, Lucas presenta a Jesús difundiendo alegría mesiánica desde el seno de su madre (1,44). Su nacimiento en Belén es motivo de gran alegría. Así lo anuncia el enviado de Dios: «No tengáis miedo. Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (2,11).

Más tarde, Lucas presenta a Jesús irradiando alegría allí donde se hace presente. Las curaciones que lleva a cabo en las aldeas de Galilea despiertan la alegría y la alabanza a Dios: cuando llega Jesús, la gente siente que «Dios está visitando a su pueblo» (7,16). En sus parábolas, Jesús les habla de la alegría que experimenta Dios cuando un pecador se convierte (15,7.10.32). Al entrar en Jerusalén, «toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios con grandes voces» (19,37). Al subir Jesús al cielo, sus discípulo vuelven a Jerusalén «con gran gozo» y «estaban siempre en el templo alabando a Dios» (24,53). Este evangelio de Lucas nos ayudará a descubrir a Jesús como algo nuevo y bueno, que puede llenar nuestra vida de gozo y agradecimiento a Dios.

- En el origen de esta alegría está la gran noticia de la salvación que Dios nos ofrece en Jesús. Por eso Lucas lo presenta como *Salvador*. Así anuncia el ángel del Señor su nacimiento: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (2,11). Cuando Simeón toma en sus brazos a Jesús canta: «Ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque mis ojos han visto tu salvación» (2,30). En Jesús podemos ver, tocar, sentir y palpar la salvación de Dios. Por eso, Lucas lo presenta «salvando» del pecado (7,50), del maligno (8,36), de la muerte (8,50). Según Lucas, Jesús «ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (19,10).

Lucas insiste en que Jesús es el «hoy de la salvación». En Cristo,

Dios nos está ofreciendo su salvación hoy, ahora mismo, siempre: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador» (2,11). En casa de Zaqueo Jesús dice: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (19,10). En la cruz promete al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (23,43). El evangelio de Lucas nos invita a acoger a Jesús, el Cristo, que viene a nuestras vidas a salvar lo que estamos echando a perder; a resucitar lo que está muriendo en nosotros; a sanar lo que está enfermo; a liberarnos del pecado que nos esclaviza. Este relato nos va a enseñar a vivir el seguimiento de Jesús como una experiencia de salvación.

- Esta salvación que Lucas anuncia es fruto de la *misericordia de Dios*. En Jesús se nos revela la bondad, el perdón y la gracia de Dios. Ya en el canto de Zacarías se nos anuncia que «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios nos visitará la luz que nace de lo alto, para iluminar a los que se hallan en tinieblas y en sombras de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (1,78-79). Toda la actuación salvadora de Jesús revela la misericordia de Dios y se manifiesta de formas diversas.

En primer lugar, en el *perdón* que ofrece a los pecadores. Jesús es como el «padre» de la parábola, que acoge a los hijos perdidos y celebra con ellos comidas festivas; como el «pastor» que busca a las ovejas perdidas y, al encontrarlas, hace fiesta con sus amigos; como la «pobre mujer» que busca y encuentra su pequeña moneda perdida y lo celebra con sus vecinas (15,1-32). En Lucas encontraremos dos inolvidables escenas en las que Jesús ofrece el perdón de Dios a una prostituta (7,36-50) y a Zaqueo, el publicano (19,1-10). Veremos morir a Jesús pidiendo a Dios perdón para quienes lo están crucificando: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (23,34).

La misericordia de Dios se revela también en las *curaciones* de Jesús, que Lucas presenta como gestos de misericordia más que como manifestación de su poder (17,11-19). Jesús es como el buen

samaritano que, cuando ve en su camino a alguien caído, «se conmueve», se acerca y, movido por su compasión, cura sus heridas (10,33-37). El evangelio de Lucas nos invita a acoger la curación y el perdón como un regalo de la bondad de Dios encarnada en Jesús. En sus páginas escucharemos la llamada a confiar en Jesús siempre que nos veamos perdidos o nos sintamos pecadores.

- Según el evangelio de Lucas, la salvación de Dios nos llega por la fuerza del Espíritu. Jesús es el «portador del Espíritu de Dios». En él se hace presente en el mundo el Espíritu Santo, dador de vida. El Bautista está «lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» (1,15). Pero Jesús es incluso concebido por ese Espíritu Santo de María Virgen. Así se le anuncia a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (1,35). El Salvador del mundo no aparece en la historia humana como fruto del amor de unos esposos que se quieren mutuamente, sino como fruto del amor que Dios nos tiene. Este Espíritu es el que «desciende sobre él» mientras está en oración después del bautismo (3,22).

Este Espíritu «lo conduce al desierto» (4,1) y lo guía «con su fuerza» por los caminos de Galilea (4,14). Ungido por ese mismo Espíritu, vive anunciando a los pobres, oprimidos y desgraciados la Buena Noticia de su liberación (4,7-20). «Lleno de gozo por el Espíritu Santo» (10,21), da gracias a Dios, que se revela a los pequeños. «Ungido por Dios con el Espíritu Santo y con poder, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hechos de los Apóstoles 10,38). Jesús promete a sus discípulos el Espíritu Santo, que les «enseñará» lo que conviene decir (12,12) y les ayudará a cumplir su misión (24,49). El evangelio de Lucas nos invita a ser dóciles a ese Espíritu de Jesús, el Cristo resucitado. La comunidad cristiana se construye a partir del Espíritu de Jesús. El Evangelio se anuncia extendiendo

su Espíritu. Al reino de Dios se le abren caminos introduciendo en el mundo su Espíritu. No se nos ha de olvidar.

- Lucas es el «evangelio de los pobres». Su relato de Jesús viene preparado por dos textos programáticos de gran importancia. En primer lugar, el canto de María proclama a un Dios revolucionario, el Dios del Reino que anuncia Jesús: un Dios «que derriba de sus tronos a los poderosos y exalta a los humildes; colma de bienes a los pobres y despide a los ricos sin nada» (1,52-53). En segundo lugar, el programa trazado por un texto de Isaías, que Jesús se aplica a sí mismo en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia» (4,18).

Por eso Jesús es el *Profeta pobre* que «no tiene donde reclinar su cabeza» (9,58). El profeta indignado que advierte a los ricos: «No podéis servir a Dios y al Dinero» (16,13). El que critica duramente la falta de compasión y la insensatez de los ricos en dos parábolas inolvidables: la del pobre Lázaro y el rico sin entrañas (16,19-31) y la del rico insensato (12,16-21). El evangelio de Lucas nos descubrirá que «aquel que no renuncie a sus bienes no puede ser discípulo de Jesús» (14,33). La escena de Zaqueo repartiendo sus bienes nos mostrará que a Jesús le hemos de seguir compartiendo (19,8). Recorriendo el evangelio de Lucas aprenderemos a vivir de manera sana en la sociedad del consumo sin vivir esclavos del dinero, sin caer en la obsesión del bienestar, aprendiendo a convivir de manera más solidaria, compartiendo lo nuestro con los más necesitados.

- Lucas es el «evangelio de la oración». Nos presenta a Jesús como alguien que vive todo desde dentro, invocando al Padre, abriéndose al Espíritu, dando gracias y alabando a Dios. En los momentos más importantes y decisivos, Jesús aparece en oración, comunicándose con el Padre: en el bautismo en el Jordán (3,21); al elegir a los Doce (6,12); antes de preguntar a sus discípulos:

«¿Quién decís que soy yo?» (9,18); antes de enseñarles la oración del Padrenuestro (11,1); en el episodio de la transfiguración (9,28-29). Jesús bendice a Dios porque se revela a los pequeños (10,21-22); intercede por Pedro para que su fe no desfallezca (22,31-32); ora en Getsemaní para acoger la voluntad del Padre (22,39-45); ora en la cruz pidiéndole el perdón para sus verdugos (23,46); muere abandonándose confiadamente al Padre (23,46). Toda su vida se sostiene en la oración y se alimenta de ella.

Por otra parte, Jesús exhorta a orar siempre sin desfallecer. En su evangelio encontramos catequesis inolvidables sobre la oración: parábola del amigo inoportuno (11,5-13); parábola del juez y la viuda (18,1-8); parábola del fariseo y el publicano (18,9-14). Sus discípulos han de vivir vigilando y orando «para tener fuerza y para escapar a todo lo que está por venir» (21,34-36). No hemos de olvidar tampoco el carácter litúrgico y festivo de su «evangelio de la infancia», impregnado de cantos de alabanza y bendición (*Gloria, Magnificat, Benedictus, Nunc dimittis*). Leyendo a Lucas aprenderemos a cuidar más la oración, la vida interior, la comunicación sincera con Dios.

- Lucas proclama la salvación y la misericordia de Dios, pero no oculta las *exigencias* que entraña la acogida de la salvación y el seguimiento de Jesús. Por eso encontramos en este evangelio un fuerte contraste: a la Buena Noticia de Dios podemos responder de manera positiva o negativa. Jesús es «signo de contradicción» que «está puesto para caída y para elevación de muchos en Israel» (2,4). Por eso presenta las cuatro bienaventuranzas (6,20-23) y las cuatro maldiciones (6,24-26); la actuación tan opuesta del fariseo Simón y de la mujer pecadora (7,36-50); la reacción tan diferente del buen ladrón y del malo (23,39-43); el contraste entre la oración del fariseo y la del publicano (18,9-14); el contraste entre el pobre Lázaro y el rico sin entrañas (16,19-31).

Por otra parte, Lucas insiste como ningún otro evangelista en la

radicalidad del seguimiento a Jesús. Hemos de seguir a Jesús «sin mirar atrás» (9,62); hemos de renunciar a nosotros mismos y tomar la cruz «cada día» (9,23); hemos de seguir a Jesús «dejándolo todo» (5,11), «renunciando a todos los bienes» (14,33). En el evangelio de la bondad de Dios no encontraremos un tranquilizante que nos dispensa del esfuerzo de la conversión. Al contrario, creer en el amor de Dios revelado en Jesús es lo más exigente y radical.

- El evangelio de Lucas presta una *atención especial a la mujer*. En su relato aparecen personajes femeninos de una fuerza extraordinaria: María, la madre de Jesús; Isabel, Ana, la viuda de Naín, la pecadora de la casa de Simón, sus amigas Marta y María, María de Magdala, la mujer anónima que alaba a su madre... Lucas tiene un interés especial en presentar a Jesús curando a mujeres enfermas (la suegra de Simeón, la mujer que sufría pérdidas de sangre, la anciana encorvada, María de Magdala, a la que libera de «siete demonios» [8,1]). También subraya su compasión y su ternura con la mujer pecadora (7,36-50), con la viuda de Naín (7,11-17), con las que salen llorando a su encuentro camino de la cruz (23,27-31).

Las mujeres son «seguidoras» de Jesús y acompañan a los Doce; María Magdalena; Juana, mujer de Cusa; Susana y «otras muchas que le servían con sus bienes» (8,1-3). Cuando los varones abandonan a Jesús, ellas permanecen fieles hasta el final junto a la cruz (24,49). Son ellas las primeras en anunciar la resurrección de Jesús, aunque no son creídas por los discípulos (24,22). El evangelio de Lucas nos ayudará a mirar a la mujer como la miraba Jesús, para defender su dignidad y para hacer que ocupen en su comunidad el lugar que les corresponde.

- El protagonista del evangelio de Lucas no es solo un personaje histórico. Es el *Señor* resucitado, que sigue vivo en la comunidad de sus seguidores. Así es presentado desde el comienzo: «Os ha nacido... un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (2,11). A partir sobre todo del episodio de Naín (7,13), Lucas lo designa constante-

mente así: el Señor.

De esta manera, Lucas nos recuerda que estamos leyendo la Buena Noticia de alguien que sigue vivo, pues ha sido resucitado por Dios. Sus *palabras* no son el testamento de un maestro difunto; son palabras vivas de alguien que nos sigue hablando ahora con palabras de vida eterna. Los *hechos* que se nos narran no son la biografía de alguien que ya pasó; son los gestos salvadores de alguien que está sanando y salvando nuestras vidas. Hemos de leer el evangelio de Lucas no como algo de ayer, sino como algo de hoy y para nosotros.

- Desde esta perspectiva adquiere una importancia especial el episodio del encuentro de Jesús con los *discípulos de Emaús* (24,13-35). Estos discípulos que caminan tristes y desalentados reflejan bien nuestra situación de hoy. Aparentemente tienen todo lo que les podría llevar a una fe gozosa: conocen las Escrituras de Israel, han escuchado el Evangelio, han conocido la cruz, han oído el mensaje pascual anunciado por las mujeres... Todo es inútil. Les falta la experiencia personal: el encuentro con Cristo vivo. Lucas señala un doble camino para despertar nuestra fe en el Resucitado:

- *La escucha de la palabra de Jesús*. Mientras caminan hacia Emaús, los discípulos recuerdan a Jesús y conversan sobre él. Es precisamente entonces cuando el Señor se hace presente en su camino. Allí donde dos o tres discípulos hablan de Jesús, él se hace presente, aunque su presencia no sea reconocida: más tarde dirán que «su corazón ardía» (24,32). Según Lucas, es una presencia de alguien que acompaña en el camino; una presencia no fácil de captar (sus ojos estaban retenidos); una presencia crítica (Jesús los corrige); una presencia que ilumina sus vidas (les enseñaba); una presencia que despierta en ellos la esperanza. Lucas quiere que, al leer su relato, los discípulos desalentados sientan «arder su corazón».

- *La cena del Señor*. Es necesaria además la cena para descu-

brir al Señor, no solo como alguien que ilumina nuestra vida con su Palabra, sino como alguien que nos alimenta con su Pan. Al llegar a Emaús, los caminantes se detienen a descansar, comparten con Jesús la cena y, al recibir de sus manos el pan, descubren al Señor. Basta reconocerlo, aunque solo sea por unos instantes. Con el corazón enardecido corren a Jerusalén para «contar lo que les había pasado por el camino» (24,35). Lucas quiere que sus lectores se encuentren con el Señor resucitado y anuncien a otros su experiencia.

UN ANUNCIO GOZOSO

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando a su presencia, dijo:

–Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre todas las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquel.

El ángel le dijo:

–No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel:

–¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó:

–Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lucas 1,26-38).

ANUNCIO SORPRENDENTE

Lucas narra el anuncio del nacimiento de Jesús en estrecho paralelismo con el del Bautista. El contraste entre ambas escenas es tan sorprendente que nos permite entrever con luz nueva el misterio del Hijo de Dios encarnado en Jesús.

El anuncio del nacimiento del Bautista sucede en «Jerusalén», la grandiosa capital de Israel, centro político y religioso del pueblo judío. El nacimiento de Jesús se anuncia en un pueblo desconocido de las montañas de Galilea: una aldea sin relieve alguno, llamada «Nazaret», de donde nadie espera que pueda salir algo bueno. Años más tarde, los pueblos humildes de Galilea acogerán el mensaje de Jesús anunciando la bondad de Dios. Jerusalén, por el contrario, lo rechazará. Siempre son los pequeños e insignificantes los que mejor entienden y acogen la Buena Noticia de Dios.

El anuncio del nacimiento del Bautista tiene lugar en el espacio sagrado del «templo». El de Jesús, en una casa pobre de una «aldea». Jesús se hará presente allí donde las gentes viven, trabajan, gozan y sufren. Vive entre ellos aliviando el sufrimiento y ofreciendo el perdón del Padre. Dios se ha hecho carne no para permanecer en los templos, sino para «poner su morada entre los hombres» y compartir nuestra vida.

El anuncio del nacimiento del Bautista lo escucha un «varón» venerable, el sacerdote Zacarías, durante una solemne celebración ritual. El de Jesús se le hace a María, una «joven» de unos doce años. No se indica dónde está ni qué está haciendo: ¿a quién puede interesar el trabajo de una mujer? Sin embargo, Jesús, el Hijo de Dios encarnado, mirará a las mujeres de manera diferente, defenderá su dignidad y las acogerá entre sus discípulos.

Por último, del Bautista se dice que nacerá de Zacarías e Isabel, una pareja estéril bendecida por Dios. De Jesús se anuncia algo absolutamente nuevo. El Mesías nacerá de María, una joven virgen.

El Espíritu de Dios estará en el origen de su aparición en el mundo. Por eso «será llamado Hijo de Dios». El Salvador del mundo no nace como fruto del amor de unos esposos que se quieren mutuamente. Nace como fruto del Amor de Dios a toda la humanidad. Jesús no es un regalo que nos hacen María y José. Es un regalo que nos hace Dios.

ALÉGRATE

El relato de la anunciación a María es una invitación a despertar en nosotros algunas actitudes básicas que hemos de cuidar para vivir nuestra fe de manera gozosa y confiada. Basta que recorramos el mensaje que se pone en boca del ángel.

«Alégrate». Es lo primero que María escucha de Dios, y lo primero que hemos de escuchar también nosotros. «Alégrate»: esa es la primera palabra de Dios a toda criatura. En estos tiempos, que a nosotros nos parecen de incertidumbre y oscuridad, llenos de problemas y dificultades, lo primero que se nos pide es no perder la alegría. Sin alegría, la vida se hace más difícil y dura.

«El Señor está contigo». La alegría a que se nos invita no es un optimismo forzado ni un autoengaño fácil. Es la alegría interior que nace en quien se enfrenta a la vida con la convicción de que no está solo. Una alegría que nace de la fe. Dios nos acompaña, nos defiende y busca siempre nuestro bien. Podemos quejarnos de muchas cosas, pero nunca podremos decir que estamos solos, pues no es verdad. Dentro de cada uno, en lo más hondo de nuestro ser, está Dios, nuestro Salvador.

«No temas». Son muchos los miedos que pueden despertarse en nosotros. Miedo al futuro, a la enfermedad, a la muerte. Nos da miedo sufrir, sentirnos solos, no ser amados. Podemos sentir miedo a nuestras contradicciones e incoherencias. El miedo es

malo, hace daño. El miedo ahoga la vida, paraliza las fuerzas, nos impide caminar. Lo que necesitamos es confianza, seguridad y luz.

«Has hallado gracia ante Dios». No solo María, también nosotros hemos de escuchar estas palabras, pues todos vivimos y morimos sostenidos por la gracia y el amor de Dios. La vida sigue ahí, con sus dificultades y preocupaciones. La fe en Dios no es una receta para resolver los problemas diarios. Pero todo es diferente cuando vivimos buscando en Dios luz y fuerza para enfrentarnos a ellos.

En estos tiempos no siempre fáciles, ¿no necesitamos despertar en nosotros la confianza en Dios y la alegría de sabernos acogidos por él? ¿Por qué no nos liberamos un poco de miedos y angustias enfrentándonos a la vida desde la fe en un Dios cercano?

ACOGER A JESÚS CON GOZO

El evangelista Lucas temía que sus lectores leyeran su escrito de cualquier manera. Lo que les quería anunciar no era una noticia más, como tantas otras que corrían por el imperio. Debían preparar su corazón: despertar la alegría, desterrar miedos y creer que Dios está cerca, dispuesto a transformar nuestra vida.

Con un arte difícil de igualar recreó una escena evocando el mensaje que María escuchó en lo íntimo de su corazón para acoger el nacimiento de su Hijo Jesús. Todos podemos unirnos a ella para acoger al Salvador. ¿Cómo prepararnos para recibir con gozo a Dios encarnado en la humanidad entrañable de Jesús?

«Alégrate». Es la primera palabra que escucha el que se prepara para vivir una experiencia buena. Hoy no sabemos esperar. Somos como niños impacientes, que lo quieren todo enseguida. No sabemos estar atentos para conocer nuestros deseos más profundos.

Sencillamente se nos ha olvidado esperar a Dios, y ya no sabemos cómo encontrar la alegría.

Nos estamos perdiendo lo mejor de la vida. Nos contentamos con la satisfacción, el placer y la diversión que nos proporciona el bienestar. Sabemos que es un error, pero no nos atrevemos a creer que Dios, acogido con fe sencilla, nos puede descubrir nuevos caminos hacia la alegría.

«No tengas miedo». La alegría es imposible cuando vivimos llenos de miedos, que nos amenazan desde dentro y desde fuera. ¿Cómo pensar, sentir y actuar de manera positiva y esperanzada? ¿Cómo olvidar nuestra impotencia y cobardía para enfrentarnos al mal?

Se nos ha olvidado que cuidar nuestra vida interior es más importante que todo lo que nos viene desde fuera. Si vivimos vacíos por dentro, somos vulnerables a todo. Se va diluyendo nuestra confianza en Dios y no sabemos cómo defendernos de lo que nos hace daño.

«El Señor está contigo». Dios es una fuerza creadora que es buena y nos quiere bien. No vivimos solos, perdidos en el cosmos. La humanidad no está abandonada. ¿De dónde sacar verdadera esperanza si no es del Misterio último de la vida? Todo cambia cuando el ser humano se siente acompañado por Dios.

LA ALEGRÍA POSIBLE

La primera palabra de parte de Dios a sus hijos, cuando el Salvador se acerca al mundo, es una invitación a la alegría. Es lo que escucha María: «Alégrate».

Jürgen Moltmann, el gran teólogo de la esperanza, lo ha expresado así: «La palabra última y primera de la gran liberación que viene de Dios no es odio, sino alegría; no es condena, sino absolu-

ción. Cristo nace de la alegría de Dios, y muere y resucita para traer su alegría a este mundo contradictorio y absurdo».

Sin embargo, la alegría no es fácil. A nadie se le puede forzar a que esté alegre; no se le puede imponer la alegría desde fuera. El verdadero gozo ha de nacer en lo más hondo de nosotros mismos. De lo contrario será risa exterior, carcajada vacía, euforia pasajera, pero la alegría quedará fuera, a la puerta de nuestro corazón.

La alegría es un regalo hermoso, pero también vulnerable. Un don que hemos de cuidar con humildad y generosidad en el fondo del alma. El novelista alemán Hermann Hesse dice que los rostros atormentados, nerviosos y tristes de tantos hombres y mujeres se deben a que «la felicidad solo puede sentirla el alma, no la razón, ni el vientre, ni la cabeza, ni la bolsa».

Pero hay algo más. ¿Cómo se puede ser feliz cuando hay tantos sufrimientos sobre la tierra? ¿Cómo se puede reír cuando aún no están secas todas las lágrimas y brotan diariamente otras nuevas? ¿Cómo gozar cuando dos terceras partes de la humanidad se encuentran hundidas en el hambre, la miseria o la guerra?

La alegría de María es el gozo de una mujer creyente que se alegra en Dios salvador, el que levanta a los humillados y dispersa a los soberbios, el que colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos vacíos. La alegría verdadera solo es posible en el corazón del que anhela y busca justicia, libertad y fraternidad para todos. María se alegra en Dios, porque viene a consumir la esperanza de los abandonados.

Solo se puede ser alegre en comunión con los que sufren y en solidaridad con los que lloran. Solo tiene derecho a la alegría quien lucha por hacerla posible entre los humillados. Solo puede ser feliz quien se esfuerza por hacer felices a los demás. Solo puede celebrar la Navidad quien busca sinceramente el nacimiento de un hombre nuevo entre nosotros.

MARÍA, MODELO DE LA IGLESIA

Al comienzo de su evangelio, Lucas nos presenta a María acogiendo con gozo al Hijo de Dios encarnado en su seno. Como subrayó el Concilio, María es modelo para la Iglesia. De ella podemos aprender a ser más fieles a Jesús y a su Evangelio. ¿Cuáles pueden ser los rasgos de una Iglesia más mariana en nuestros días?

Una Iglesia que fomenta la «ternura maternal» hacia todos sus hijos e hijas, cuidando el calor humano en sus relaciones. Una Iglesia de brazos abiertos, que no rechaza ni condena, sino que acoge y encuentra un lugar adecuado para cada uno.

Una Iglesia que, como María, proclama con alegría la grandeza de Dios y su misericordia también con las generaciones actuales y futuras. Una Iglesia que se convierte en signo de esperanza por su capacidad de transmitir vida.

Una Iglesia que sabe decir «sí» a Dios sin saber muy bien adónde la llevará su obediencia. Una Iglesia que no tiene respuestas para todo, pero que busca con confianza la verdad y el amor, abierta al diálogo con los que no se cierran al bien.

Una Iglesia humilde como María, siempre a la escucha de su Señor. Una Iglesia más preocupada por comunicar el Evangelio de Jesús que por tenerlo todo bien definido.

Una Iglesia del *Magnificat* que no se complace en los soberbios, potentados y ricos de este mundo, sino que busca pan y dignidad para los pobres y hambrientos de la Tierra, sabiendo que Dios está de su parte.

Una Iglesia atenta al sufrimiento de todo ser humano, que sabe, como María, olvidarse de sí misma y «marchar deprisa» para estar cerca de quien necesita ser ayudado. Una Iglesia preocupada por la felicidad de los que «no tienen vino» para celebrar la vida. Una Iglesia que anuncia la hora de la mujer y promueve con gozo su dignidad, responsabilidad y creatividad femenina.

Una Iglesia contemplativa que sabe «guardar y meditar en su corazón» el misterio de Dios encarnado en Jesús, para transmitirlo como experiencia viva. Una Iglesia que cree, ora, sufre y espera la salvación de Dios anunciando con humildad la victoria final del amor.

EL CAMINO ABIERTO POR JESÚS

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

3 | LUCAS

Esta obra, que recoge algunos de los muchos comentarios a los textos de los cuatro evangelios publicados por el autor, está redactada con la finalidad de ayudar a entrar por el camino abierto por Jesús, centrando nuestra fe en el seguimiento a su persona. Un libro que nace de la voluntad de recuperar la Buena Noticia de Jesús para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

El evangelio de Lucas es sin duda el primero que hemos de leer para descubrir con gozo a Jesús, el Salvador enviado por Dios «para buscar y salvar lo que estaba perdido». También es el más accesible para captar el mensaje de Jesús como Buena Noticia de un Dios compasivo, defensor de los pobres, curador de los enfermos y amigo de pecadores.